

EDITORIAL

El ser humano, como individuo y como ser social, presiona y lucha por obtener una mayor satisfacción de sus necesidades, hecho que se traduce en la exigencia de un mejor nivel de vida que le permita alcanzar el desarrollo armónico y creciente de sus potencialidades físicas y psíquicas. Se explica así que el hombre, particularmente, el que forma parte del mundo subdesarrollado no pueda permanecer indiferente ante la problemática que representan las crecientes expectativas de desarrollo económico-social y que de manera cierta le ofrecen los avances políticos, científicos y tecnológicos propios de la época contemporánea.

En muchos países pertenecientes a este amplísimo sector de la humanidad, estos avances han ido incorporándose, paulatinamente, en la vida cotidiana de diversos estratos sociales de acuerdo con su capacidad económica. Es obvio, sin embargo, que esos progresos se obtienen a una velocidad muy inferior a las crecientes necesidades y al deseo vehemente de la mayoría de la población, la que experimenta a su vez, un aumento demográfico explosivo.

Confirma nuestras afirmaciones anteriores lo que ha acontecido en Chile en los últimos treinta años en el campo de la salud, factor esencial que debe considerarse al estudiar el desarrollo social de una comunidad. En efecto, en nuestro país puede observarse que los sectores de su población que han obtenido "derechos" a servicios médicos se han multiplicado varias veces y la cantidad de servicios médicos otorgados por 1.000 habitantes por lo menos se ha duplicado, a pesar de lo cual quedan marginados de estos beneficios amplios sectores de su población.

Planteado así el problema del futuro de nuestra medicina social, las perspectivas próximas aparecen con claridad meridiana; nuevos sectores exigirán su incorporación a estos servicios y demandarán, además, un mayor número y nuevos tipos de prestaciones. Ante esta disyuntiva caben sólo dos alternativas: adelantarse a este desafío ofreciendo soluciones racionales o abandonar la iniciativa y el liderazgo por incapacidad para responder a este aumento en cantidad y calidad, de las prestaciones médicas.

Prever esta demanda, estudiar las medidas que será necesario considerar, determinar los recursos humanos y materiales que habrá que poner en juego en las diversas etapas y establecer las metas que deberán alcanzarse en el tiempo, es una tarea ineludible e impostergable.

Todo este proceso implica dos consideraciones básicas: saber con antelación lo que se debe hacer y cómo hacerlo o lograrlo. Y, por otra parte ajustar estas proyecciones a las posibilidades de los diversos grupos sociales y a las cambiantes realidades económicas y sociales del país.

Un proceso inverso al que teóricamente se plantea, es el que se observa en el momento presente. En efecto, en el campo de la salud se

comprueba el desarrollo de un buen número de iniciativas que son relativamente independientes entre sí, con metas propias, y que se expresan en distintos organismos prácticamente autónomos, aun cuando su objetivo final sea el mismo.

Por una parte se observa la existencia de numerosos sistemas previsionales con una variada gama de derechos y servicios médicos; por otra, diversos intereses de grupos sociales y profesionales que campean por posiciones de particular conveniencia y, por último, la población espectadora ansiosa y hasta ahora relativamente pasiva. Son éstos los componentes de una situación desintegrada y centrifuga que no se compadece con el orden y la organización de los principios de seguridad social que se postulan como la tendencia doctrinaria básica de la época actual.

Es evidente que las metas que deben alcanzarse en salud están implícitas en gran parte en los niveles correspondientes al desarrollo social y éstos a su vez son dependientes del desarrollo económico de las sociedades. No obstante, hay metas específicas en el campo de la salud; disminuciones de riesgos evitables y prestaciones de servicios. Sin embargo, éstas se acrecientan y llevan al máximum sus efectos al estar integradas y al desarrollarse en un ámbito de progreso social y económico, por lo cual las diversas iniciativas en las distintas esferas deben actuar de consuno, tarea a la cual los técnicos en Chile aún no se abocan con decisión. La programación en salud debe estar machihembrada con los recursos de que se disponga y con los niveles de vida que vayan logrando los programas de desarrollo social y económico. Además, es indispensable la adquisición de un método o técnica capaz de expresar cuantitativamente los problemas, las acciones, las metas y la asignación potencial de recursos humanos y materiales.

Si los recursos son reducidos en relación a las necesidades de toda naturaleza, es obvio que ellos deben ser provistos en relación a las jerarquías de las necesidades y a los efectos que se proyecta alcanzar con las inversiones y gastos. Por consiguiente, es fundamental que los grupos que administran estos bienes sociales deben estar capacitados para informar y garantizar determinadas acciones y determinados efectos en relación a los recursos que se entreguen; esto es, el conocimiento del costo de las acciones y de sus efectos expresados en índices de salud, si ellas son efectuadas en números y tiempos previstos.

En el área de salud estos conocimientos son muy reducidos y las previsiones son altamente improbables, lo que hace difícil fundamentar y justificar la asignación de mayores recursos presupuestarios. Aún más, es muy probable que los criterios para distribuir nuevos recursos en las distintas actividades que inciden en los servicios médicos, sean tantos como intereses existentes.

Para alcanzar un grado de madurez en la planificación y organización del área de salud pareciera fundamental plantear dos requisitos:

la investigación permanente, continuada y programada de los fenómenos médicos en sus proyecciones e implicaciones sociales docentes y administrativas, y

la existencia de un organismo dedicado por entero a promover estas investigaciones y a la coordinación racional de los distintos organismos que tienen competencia en el territorio médico.

En Chile, en ambos campos, sólo recién se comienza a dar los primeros pasos; es imperativo acelerarlos.

Santiago, 20 de septiembre de 1962.